

La emancipación del Prólogo en la *Fenomenología del espíritu*

The Emancipation of the Preface in the Phenomenology of Spirit

Oscar PARCERO OUBIÑA
Universidad de Santiago de Compostela

Recibido: 17/11/2015
Aceptado: 27/01/2016

Resumen

En su obra *Prólogos* el pseudónimo kierkegaardiano Nicolaus Notabene remite satíricamente al prólogo de la *Fenomenología del espíritu* de Hegel, reivindicando, contra la oposición hegeliana al prólogo, el valor de este más allá de su vinculación con la obra prologada. El presente trabajo se propone confrontar ambos escritos para repensar la relación que entre ellos se pueda establecer, proponiendo una interpretación alternativa según la cual la obra kierkegaardiana, más allá de su carácter irónico, pueda ser vista como una explicitación del sentido inherente a la crítica de Hegel al prólogo llevada a cabo en el propio prólogo a la *Fenomenología del espíritu*. La sátira de Notabene serviría así para identificar el prólogo hegeliano como un “prólogo emancipado”, justamente en los términos propuestos por el heterónimo kierkegaardiano, según los cuales el verdadero significado del texto radicaría en su capacidad para operar, exclusivamente, como una disposición [*Stemming / Stimmung*] hacia la obra prologada.

Palabras clave: Kierkegaard, Hegel, Prólogo, *Fenomenología del Espíritu*, *Stimmung*

Abstract

In his work *Prefaces*, Kierkegaard's pseudonym Nicolaus Notabene refers satirically to the preface of Hegel's *Phenomenology of Spirit*, claiming the value of a preface beyond its connection with the book, against the hegelian objections to prefaces. The present paper aims to compare both works in order to reconsider the relation between them, proposing an alternative interpretation according to

which Kierkegaard's book, beyond its ironical nature, can be regarded as an explicit statement of the inherent meaning to Hegel's critique of prefaces carried out in the very preface to the *Phenomenology of Spirit*. Thus Notabene's satire will help to identify the hegelian preface as an "emancipated preface", just as Kierkegaard's heteronym describes them, as texts whose real meaning would consist in its ability to operate exclusively as a disposition [*Stemning / Stimmung*] towards the work that they precede.

Keywords: Kierkegaard, Hegel, Preface, *Phenomenology of Spirit*, *Stimmung*

*Glaube mir und denk, ich sags aus tiefer Seele dir:
die Sprache ist ein großer Überfluß*

Friedrich Hölderlin, *Hyperion*

*Parole, parole, parole, parole
Parole, soltanto parole,
Parole tra noi*

Leo Chiosso y Giancarlo del Re, *Parole parole*

1. El prólogo emancipado: Nicolaus Notabene y *Prólogos*

En 1844, bajo el pseudónimo de Nicolaus Notabene, publica Søren Kierkegaard *Prólogos. Lectura ligera para ciertos estamentos según tiempo y ocasión*, una obrita peculiar, consistente exclusivamente en ocho prólogos, más un noveno que los antecede; "obrita", aparentemente menor, a juzgar tanto por la predominante indiferencia con la que fue y es mayoritariamente recibida por los lectores del autor danés –muchos de los cuales la ven como un divertimento sin mayor importancia– como por la presunta ligereza con la que habría sido tratada por el propio Kierkegaard,¹ quien, por lo que sabemos, habría concebido la obra, al

¹ En "Un vistazo a un esfuerzo contemporáneo en la literatura danesa", sección de la *Apostilla concluyente no científica a las Migajas filosóficas* (1846) en la que el pseudónimo kierkegaardiano Johannes Climacus repasa las obras de los pseudónimos anteriores, *Prólogos* es abiertamente calificado sin más como "un gracioso [*lystig*] librito", cuya publicación contemporánea a *El concepto de angustia* celebra Climacus, por considerar que contribuye a compensar el nefasto didacticismo con el que habría sido recibida esta otra obra. Véase *Søren Kierkegaards Skrifter*, 28 vols., Copenhague: GAD, 1997-2013; vol. 7, p. 245. Las referencias a Kierkegaard remiten a esta edición, en adelante abreviada SKS, seguido de número de volumen y página. Para aquellas obras que ya han sido publicadas en ella, se antepone la versión castellana (Søren Kierkegaard, *Escritos*, Madrid: Trotta, 2000-en curso), abreviada

menos inicialmente, como un proyecto de mero reciclaje de escritos previos descartados para otros textos.²

Dejando –en principio– a un lado lo relativo al proceso por el que los textos que integran *Prólogos* llegasen a ser recogidos por Nicolaus Notabene para su publicación, el hecho más inmediato que se nos evidencia es la existencia efectiva de esta obra, la cual, a pesar de su alegada ligereza, nos pone ante un interrogante nada ligero: ¿puede el prólogo erigirse en sí mismo como texto independiente de aquel otro al que supuestamente prologa? ¿y en caso de que así sea, puede hacerlo hasta el punto de llegar a prescindir por completo de él? La misma lógica de su sentido parecería indicar que no – y sin embargo el propio Notabene defiende abiertamente lo contrario:

Veamos un simple fenómeno que apunta hacia la razón de fondo. Cualquier escritor estéticamente formado habrá tenido momentos en los que no tenía ganas de escribir un libro, si bien sí le apetecía escribir un prólogo a un libro, sin importar que fuese suyo o de otro. Esto indica que el prólogo es esencialmente distinto al libro, y que escribir un prólogo es algo muy distinto a escribir un libro, pues en caso contrario la necesidad sólo podría darse o bien cuando uno hubiese ya escrito un libro, o bien cuando se propusiese escribirlo, así como cuando uno se propone superficialmente hacerlo y luego se plantea la pregunta de si escribirá el prólogo al principio o al final.³

Con un uso del silogismo tan burlón como efectivo, Notabene reivindica la necesaria autonomía del prólogo. Y su propia obra, como hecho consumado, lo avala, pues los textos prologados no sólo no se nos presentan, sino que se nos niega categóricamente su posibilidad. Para Notabene se trata, simplemente, de una necesidad impuesta externamente, como sabemos: tal como él mismo se encarga de explicarnos en el prólogo que prologa *Prólogos*, su mujer le prohíbe escribir, y él, que aún así necesita dedicarse a la escritura (un dato nada despreciable, sobre el que de inmediato volveremos), encuentra en los prólogos la solución, una propuesta que “ella aceptó [...] quizás con la idea de que no se puede escribir un prólogo sin escribir un libro –lo cual no me está permitido”.⁴

Ahora bien, al mismo tiempo que al pobre e insignificante Notabene le viene impuesta una necesidad externa de consagrarse exclusivamente a la escritura de prólogos, esta apunta más profundamente a otra interna, no menos clara en el propio texto. La independencia del prólogo no se circunscribe a la triste y nimia circunstancia de

ESK, seguido igualmente de número de volumen y página.

² Sabemos de la existencia previa de algunos de los textos que componen la obra; otros, por el contrario, habrían sido concebidos propiamente para el libro. Sobre el origen del texto consúltese la introducción a la reciente traducción: ESK 4/2, 20s.

³ ESK 4/2, 282; SKS 4, 468.

⁴ ESK 4/2, 289; SKS 4, 476.

la existencia de Nicolaus Notabene y su conflicto matrimonial, pues en realidad este no pasa de ser la ocasión⁵ por la que el propio prólogo manifiesta la potencia emancipadora que en sí mismo tiene.

Otro tanto podríamos decir al respecto de esa otra circunstancia externa, equiparable a la de Notabene, como es la del propio Kierkegaard, que –como ya hemos visto– habría proyectado la obra como una posible salida para textos ya redactados y no utilizados.⁶ También en este caso debemos apelar a la simple ocasión, pues si Kierkegaard llega a concebir *Prólogos* no es, claro está, porque diseñe un proyecto a medida para unos textos sueltos que caprichosamente ha decidido publicar, sino porque, por alguna otra razón, interna, ve en ellos su legítima demanda de publicación, independiente de los –inexistentes– textos prologados. En otras palabras, *Prólogos* existe porque Kierkegaard reconoce los prólogos emancipados⁷ – y es entonces cuando encarga a Nicolaus Notabene levantar acta de esta emancipación.

¿Y quién es este Nicolaus Notabene responsable de semejante empresa? Como es bien sabido, los pseudónimos –o casi mejor heterónimos– kierkegaardianos tienen poco o nada que ver con un mero ornamento para la obra, constituyendo, por el contrario, un muy significativo suplemento de la misma, que contribuye, de manera explícita, a completar el significado del texto.⁸ En este sentido, dos son los aspectos del heterónimo escogido sobre los que podemos llamar la atención. El primero, el significado de Notabene, *nota bene*, o la llamada de atención al lector sobre la relevancia de aquello que, sin ella, podría fácilmente pasar desapercibido. En el caso que

⁵ “Cualquiera que alguna vez se haya visto inclinado a producir alguna cosa habrá advertido también que aquello que es *ocasión* para la producción propiamente dicha no es más que una pequeña circunstancia casual y exterior” (ESK 2/1, 245; SKS 2, 227). “El primer amor”, perteneciente a la primera parte de *O lo uno o lo otro*, se abre con estas palabras, que dan inicio a una reflexión sobre el significado de la *ocasión*, muy apropiada para traer aquí a colación, pues justamente en la misma línea se desenvuelve *Prólogos*, mostrándonosos la *ocasión* –en su caso las mencionadas circunstancias matrimoniales de Nicolaus Notabene– como mero vehículo circunstancial para que se produzca aquello que tiene en sí mismo, y no en la ocasión, la razón de su existencia.

⁶ El caso más conocido es el del que figura como prólogo VII, concebido inicialmente para prologar *El concepto de angustia* y posteriormente rechazado en favor del que finalmente serviría de prefacio a esta obra (véase ESK 4/2, 23).

⁷ Cf. ESK 4/2, 282-3; SKS 4, 469.

⁸ Ejemplos destacados son los de Johannes de silencio, que firma *Temor y temblor*, o Vigilius Haufniensis, responsable de *El concepto de angustia*. “El propio Kierkegaard” se encargaría de hacer explícita la verdadera dimensión de la “pseudonimia o polinimia” al negarla explícitamente como algo casual para reivindicarla como un elemento esencial a la misma producción (véase *Apostilla concluyente no científica a las Migajas filosóficas*, SKS 7, 569). El uso de la palabra “suplemento” insinúa aquí el sentido recogido por Genette, quien, como es sabido, llama la atención sobre la importancia de lo que él define como elementos del “paratexto” (Gérard Genette, *Seuils*, París: Seuil, 1987). Finalmente, la contraposición entre pseudónimo y heterónimo se fundamenta en la distinción marcada por Pessoa (Fernando Pessoa, “Tábua bibliográfica”, *Presença*, n. 17, 1928 [ed. facsimil, Lisboa: Contexto, 1993], p. 250).

nos ocupa se trata, evidentemente, del prólogo como texto autónomo, emancipado. La relevancia de esta emancipación es aún enfatizada mediante el juego de palabras que a Notabene le permite el hecho de llamarse Nicolaus, lo cual constituye el segundo aspecto a tener en cuenta. “Yo no soy el Prof. Heiberg, no, soy aún menos que no ser el Prof. Heiberg, pues soy sólo un *N. N.*”.⁹ Nótese que Notabene emplea este recurso en dos ocasiones, remarcándolo abiertamente.¹⁰ *N. N.* no son sólo las iniciales de su nombre, sino también de la fórmula latina *nomen nescio*, utilizada para marcar una ausencia de identidad; en este caso, la del propio Notabene, que se identifica así con “un cualquiera”, o lo que es lo mismo, con “nadie”. Nicolaus Notabene “no es nadie”, del mismo modo que “no es nada” el prólogo –como enseguida veremos– y tampoco, si bien de un modo muy distinto, son nada los libros a los que los prólogos antecederían; en este último caso más literal que figuradamente, pues los libros, de facto, *no son*. Solo el prólogo *es*. *Nota bene*, lector.

Así pues, al margen de la prueba más evidente de la emancipación del prólogo, como es el hecho consumado que constituye la publicación de la obra de Notabene –de cuya génesis nos da cuenta él mismo en su metaprólogo–, tenemos en *Prólogos* otras huellas de esa fuerza interna emancipadora que en él se exterioriza.

Mas existe, como es sabido, otra interpretación que ve en esta obra el resultado de un proceso bien diferente. No se trataría, en este caso, de reconocer estatus propio y autónomo al texto prologal, sino más bien de emplear este como un juego mediante el cual satirizar la obra de Hegel. Leemos de Notabene:

En la ciencia moderna el prólogo ha sido herido de muerte. Desde el punto de vista de esta, el viejo escritor se convierte fácilmente en una triste figura de la que uno no sabe si reír o llorar, pues su incapacidad para centrarse en el asunto lo hace cómico, y su ingenuidad, al pensar que haya alguien a quien le importe, enterecedor. En nuestros días no es posible que se repita una situación semejante, pues cuando uno empieza el libro con el asunto y el sistema con la nada, ya no considera que quede nada por decir en un prefacio. Esta fue la circunstancia que ocasionó que advirtiera que el prólogo es un género totalmente propio en la creación literaria, y que, ya que se lo destierra, es momento de que se emancipe, como todo lo demás. De esta manera podrá conservar su validez. Lo excepcional, que en los viejos tiempos quedaba relegado al prólogo de un libro, puede ahora encontrar su lugar en un prólogo que no sea prólogo a ningún libro. Pienso que así queda resuelto el conflicto, para deleite y satisfacción mutuos. Si el prólogo y el libro no pueden arreglarse, pues que el uno le conceda al otro la separación.¹¹

Algo tan simple como un escarnio de la negación hegeliana del prólogo abordada

⁹ ESK 4/2, 324; SKS 4, 509.

¹⁰ ESK 4/2, 313; SKS 4, 497.

¹¹ ESK 4/2, 282; SKS 4, 468.

en (el prólogo a) la *Fenomenología del espíritu*. No habría en Notabene otra intención; no, al menos, inicialmente, porque es evidente que mediante la sátira –en la medida en que esta exista– Notabene lleva a cabo la emancipación efectiva del prólogo. Podemos, pues, decir que estamos una vez más ante la circunstancia exterior como ocasión para la manifestación de lo que interiormente es en sí mismo.

Sea como fuere, cabe preguntarse qué sea el prólogo si es que puede tener sentido al margen de la obra prologada.¹² El propio Notabene nos da respuesta a esta pregunta, y lo hace de manera explícita, si bien de un modo un tanto irónico, oscilando ambigüamente entre la futilidad y la relevancia del prólogo. “Un prefacio es una insignificancia”,¹³ afirma en un primer momento, describiéndolo como un capricho del autor por el que este se ajusta a “las modas”, a los “usos y costumbres” de la época.¹⁴ Parece inevitable identificar aquí la alusión satírica a Hegel, siendo en tal caso los mencionados “usos y costumbres” los criticados por este al inicio de su propio prólogo. En la misma línea tendríamos que entender también la complementaria insignificancia del prologuista:

¿Y cómo es aquel que lo escribe? Anda entre la gente como un bufón en invierno y un payaso en verano, es un hola y adiós en la misma persona, siempre feliz y despreocupado, contento consigo mismo, todo un frívolo inútil, sí, una persona inmoral, pues no va a la Bolsa a hacer rentable su dinero, sino que se limita a pasar por delante; no habla en asambleas generales porque el aire está demasiado cargado; no propone brindis en ninguna Sociedad porque ha de anunciarse con varios días de antelación; no rinde honores al Sistema; no cotiza a la deuda pública, y ni siquiera lo toma en serio; va por la vida igual que un aprendiz de zapatero silbando por la calle, aunque el que necesite las botas esté esperando por ellas, y tendrá que esperar mientras quede una sola rampa por la que deslizarse o la más mínima cosa por descubrir. Así, sí, así es el que escribe prólogos.¹⁵

Ya lo veíamos antes: Nicolaus Notabene, o lo que es lo mismo, el que escribe prólogos, no es nadie. De igual manera que también los prólogos no son nada. En el texto de Notabene sólo el prólogo *es*, decíamos líneas más arriba – y sin embargo podemos afirmar que (no) es *nada*, en la medida en que (no) se ocupa de nada:

¹² La cuestión ha sido ya tratada por diversos autores. Podemos destacar aquí, además del ya mencionado Genette: Jacques Derrida, “Fuera de libro (Prefacios)”, en *La diseminación [La dissemination]*, 1972], Madrid: Fundamentos, 1975; Jean-Marie Schaeffer, “Notes sur la préface philosophique”, *Poétique*, n. 69, 1987, p. 35-44; Arnaud Tripet, “Aux abords du prologue”, *Versants*, n. 15, 1989, p. 7-20.

¹³ ESK 4/2, 281; SKS 4, 467.

¹⁴ ESK 4/2, 281; SKS 4, 467-8.

¹⁵ ESK 4/2, 283-4; SKS 4, 470. La alusión al “bufón” y el “payaso” refiere a un juego tradicional consistente en que anónimamente alguien envíe una carta a algún conocido que deberá entonces adivinar la identidad oculta del emisor. Notabene pone en línea esta alusión con la negación de la identidad que de sí mismo hace.

Ahora bien, si también sin tema se pueden tener ganas de escribir un prólogo, entonces se ve fácilmente que no es necesario que este trate sobre algún tema, pues en tal caso el propio prólogo se convierte en libro, y la cuestión sobre el prólogo y el libro queda desplazada. Un prólogo así, el prólogo emancipado, no debe pues tener tema alguno sobre el que tratar, sino tratar sobre nada, y en la medida en que parezca ocuparse de algo y tratar sobre algo, debe ser una ilusión y un movimiento fingido.¹⁶

La emancipación del prólogo es para Notabene inseparable de su radical desvinculación con el tema, el objeto de estudio del que pueda ocuparse el eventual libro prologado. En ese sentido el prólogo (no) es nada, y es así que se emancipa, porque no dice nada respecto de aquello de lo que pueda tratar un libro, y en consecuencia se convierte en superfluo del mismo modo que, complementariamente y por la misma razón, el libro no necesita del prólogo.

Solo en este sentido el prólogo (no) es nada, porque, evidentemente, el prólogo es, también, algo. Existe, como texto. Decíamos arriba que Nicolaus Notabene necesita escribir. Su necesidad –de nuevo como *ocasión*– nos muestra la propia, interna, que el prólogo tiene de producirse, más allá de la obra. Notabene no es más que el *nota bene*: de la necesidad de producirse el prólogo negada la posibilidad de producirse la obra, marcando su movimiento de emancipación.

¿Y cuál es, en tal caso, la razón de ser de un prólogo que (no) trata de nada? Aquí el propio Notabene nos da la respuesta, tan directa como simple: “un prólogo es un estado de ánimo [*Stemming*]”.¹⁷

2. El prólogo superfluo: Hegel y la *Fenomenología del espíritu*

Es evidente, como ya anticipábamos, que al reivindicar el prólogo de manera tan contundente como irónica mediante la publicación de una obra consistente exclusivamente en prólogos,¹⁸ Kierkegaard está haciendo una satírica llamada sobre lo que años atrás había afirmado Hegel respecto de la legitimidad del prólogo:

¹⁶ ESK 4/2, 282-3; SKS 4, 469. Téngase presente cómo la mujer de Notabene, que no le consiente dedicarse a la escritura, le permite, pese a todo, escribir prólogos. Para ella, los prólogos, en sí, no son nada (cf. ESK 4/2, 284s; SKS 4, 471s).

¹⁷ Ídem. Para las posibles traducciones de “*Stemming*” véase más abajo el punto 4.

¹⁸ El mismo tipo de respuesta estaría tras la publicación de *El concepto de angustia*, que se levantaría en satírica rebelión ante una semejante exclusión por parte de J. L. Heiberg, en este caso la de la angustia como posible objeto de consideración psicológica (véase Roger Poole, *Kierkegaard. The Indirect Communication*, Charlottesville: University Press of Virginia 1993, p. 97). Nótese que, curiosamente, Kierkegaard haría coincidir la publicación de ambas obras exactamente en un mismo día, el 17 de junio de 1844 (véase ESK 4/2, 13).

Una explicación como las que es uso anteponer a un escrito en su prólogo –sobre los fines que el autor se propone, así como los motivos y la relación en que crea estar con otros tratados, anteriores o coetáneos, acerca del mismo tema– parece, en el caso de un escrito filosófico, no sólo superflua [*überflüssig*], sino, por la naturaleza del asunto, inapropiada y hasta contraproducente.¹⁹

Con estas palabras abre Hegel... su prólogo a la *Fenomenología del espíritu*. A continuación, y a modo de justificación de tal impropiedad, pasa a ocuparse de la contraposición entre el proceso, de una unidad orgánica, y el resultado, de un “universal sin vida”,²⁰ incitando al lector a la exigente tarea de capturar la viva totalidad: la de un sistema, que sabrá dar cuenta de sí mismo mediante su propia exposición,²¹ pues solo la totalidad es lo verdadero, y en ella cada momento es necesario; un sistema al que, en consecuencia, no es legítimo anteponer –léase prologar²²– nada, pues siendo el sistema la totalidad, esta quedaría cancelada en el momento en que algo pudiese en rigor ser antepuesto. La llamada a la totalidad orgánica, fluida, es en Hegel inseparable de la exigencia del movimiento. En este sentido entendemos también la contraposición entre entendimiento [*Verstand*], como función analítica capaz sólo de imponer orden de un modo externo, y razón [*Vernunft*], capaz de penetrar en la realidad autodeterminante, siendo la primera una facultad vinculada al “reposo” y la segunda, al “movimiento”, “devenir”.²³ Consabidos principios de la filosofía hegeliana, en definitiva, que subyacen a la negación del prólogo y que son, no obstante, presentados en un prólogo.

La denuncia del carácter “superfluo”, “innecesario”, e incluso “contraproducente” de todo prólogo al uso para una obra filosófica va ligada en el prólogo a la *Fenomenología del espíritu* a la impropiedad de las *indicaciones* [*Angabe*] –el propio Hegel remarca la expresión²⁴ que el autor podría dar al lector, entendiéndose que estas no solo sean innecesarias sino, más aún, un estorbo, en tanto que se interpongan entre la propia exposición y el lector, llamados a establecer un vínculo libre de cualquier guía previa por parte del autor. Hegel parece rei-

¹⁹ FE 55; PhG 11. Las referencias de Hegel se recogen de la traducción de Antonio Gómez Ramos (G. W. F. Hegel, *Fenomenología del espíritu*, Madrid: UAM; Abada, 2010); se añade, complementariamente, la paginación de la edición alemana (G. W. F. Hegel, *Phänomenologie des Geistes*, en *Werke in zwanzig Bänden*, vol. 3, Frankfurt: Suhrkamp, 1970).

²⁰ FE 59; PhG 13.

²¹ Exposición o presentación [*Darstellung*], y no representación [*Vorstellung*]. En la raíz de esta contraposición encontramos los mismos argumentos que provocan la renuncia de un prólogo al uso (cf. FE 59-61, 119s; PhG 13-14, 55s).

²² “*Vorrede*”, al igual que “prólogo” o “prefacio”, nos remite literalmente a un discurso antepuesto, a un decir previo. Es justamente lo que expresa este sentido más literal de la palabra lo que subyace a la negación con la que Hegel abre su propia *Vorrede*.

²³ Véase FE 91, 77; PhG 35-36, 26.

²⁴ FE 55; PhG 11.

vindicar la necesidad de dejar a solas, por así decir, obra y lector, de manera que nada vicie lo que sea que entre la comunión de ambos deba tener lugar. De igual manera que el sistema empieza con “nada”, así también la exposición del mismo deberá hacerlo.²⁵

¿Por qué, entonces, un prólogo a la obra? ¿Acaso no está cayendo Hegel en una penosa contradicción? Parece obvio que no pueda ser así; parece obvio que no pueda ser tan obvio. Hegel renuncia a lo que es costumbre anteponer a una obra en un prólogo, mas el simple hecho de elaborar uno nos indica que este ha de tener algún otro sentido, alguna otra función. Un sentido o función que no contradigan la oposición al prólogo con la que abre el suyo propio.

Si continuamos la lectura del texto hegeliano, encontramos lo que parece una convincente respuesta a estas preguntas. En palabras del propio autor, la legítima función de su heterodoxo prólogo estaría relacionada con lo siguiente:

mostrar que ha llegado el momento de que la filosofía se eleve hasta la ciencia sería la única justificación verdadera de los ensayos que tengan este propósito, porque esta justificación pondría de manifiesto la necesidad de ese propósito; más aún, porque, al mismo tiempo, lo llevaría a cabo.²⁶

Apelando a una distinción entre la “necesidad interna” de elevar el saber filosófico al rango de “ciencia” –interna en tanto que se desprende ya del propio saber– y la “necesidad externa”, vinculada a ese “momento llegado” para dicha elevación,²⁷ Hegel reformularía el sentido de su texto prologal, que no estaría en ningún caso al servicio de “indicaciones” sobre lo que haya de ser el contenido de la obra prologada, sino que asumiría la función de ese “mostrar que ha llegado el momento” de tal obra, haciéndolo, además, ya efectivo mediante la propia justificación, que no sería, en tal caso, meramente representacional.²⁸ Tengamos presente, por otro lado,

²⁵ Nicolaus Notabene hará explícita esta vinculación al reivindicar el prólogo (véase ESK 4/2, 282; SKS 4, 468).

²⁶ FE 61; PhG 15.

²⁷ Nótese el paralelismo entre las correspondientes “necesidad externa” (la prohibición de su mujer) y “necesidad interna” (el carácter emancipatorio del prólogo) que llevan al propio Nicolaus Notabene a la escritura de prólogos.

²⁸ Como ya ha sido señalado (véase nota 21). A esta contraposición subyace una determinada concepción del texto y del lenguaje, que reconoce a ambos valor ontológico. Como explica Jeffrey Reid, “el contenido, como la propia verdad científica, es *esencialmente* texto [...] discurso significativo [...] La palabra es realmente la cosa, mas no en el sentido de *das Ding*, un objeto natural, común, indeterminado, en un mar de contingencia, sino en el sentido de *die Sache*, una existencia más significativa, rica en contenido”, con lo que “si el acto de predicación del juicio es un movimiento lógico hacia el ser, entonces la verdad de este movimiento no es meramente su correspondencia con las articulaciones formales del pensamiento. El juicio tiene que ser más que una *representación* lingüística de lo lógico; tiene que ser ontológico” (Jeffrey Reid, *Real Words. Language and System in Hegel*, Toronto: University of Toronto Press, 2007, p. 6, 19).

que, como es sabido, la “tal obra” prologada no sería tanto la propia *Fenomenología del espíritu* como la totalidad del sistema de la ciencia, lo cual reforzaría ese papel alternativo del prólogo hegeliano.²⁹

¿Podemos considerar realmente satisfactoria esta justificación de un prólogo “no superfluo” y “no contraproducente”? ¿O deberíamos, más bien, preguntarnos por el posible carácter aporético de la propuesta hegeliana, e indagar en la eventual disipación de la distinción de una “necesidad interna” y una “necesidad externa”, que, en la medida en que estén llamadas a confluír (como el propio Hegel indica, de hecho),³⁰ desde la perspectiva de la totalidad del sistema a la que se nos apela, puedan de algún modo diluir la férrea oposición al prólogo con la que se abre el de la *Fenomenología del espíritu*?³¹ Más allá de lo satisfactoria o insuficiente que pueda resultar esta justificación, el cuestionamiento del prólogo nos abre a la posibilidad de otras interpretaciones que profundicen en el carácter independiente de un texto que, expresamente, se desvincula de ofrecernos *indicaciones* a respecto de la obra a la que se antepone; otras interpretaciones que puedan abundar en ese mismo cuestionamiento que Hegel hace y que, de algún modo, no puede evitar interpelar a su propio prólogo, por cuanto la anteposición de uno al texto de la *Fenomenología del espíritu* sea susceptible de ser interpretada como indicativa de un implícito reconocimiento del carácter inerte de dicho texto.³² Y una de estas otras interpretaciones,

²⁹ Véase, por ejemplo, la presentación de Gómez Ramos a su traducción del texto (op. cit., p. 15s).

³⁰ FE 61; PhG 15.

³¹ Como afirma Derrida, “o bien el prefacio pertenece ya a esa exposición del todo, lo empeña y se empeña en él, y no tiene ninguna especificidad, ningún lugar textual propio, forma parte del discurso filosófico; o bien escapa a ello de alguna manera y no es nada” (op. cit., p. 24). De hecho, algo semejante parece desprenderse del propio Hegel y su, pese a todo, continuado uso del prólogo en obras posteriores. A modo de ejemplo, piénsese en lo problemático que pueda resultar conciliar lo afirmado en el prólogo a la *Fenomenología del espíritu* con lo que cinco años más tarde sería redactado en el prólogo a la *Ciencia de la lógica*: si en aquel primero se censuraba dar cuenta, en un prólogo, de “los motivos y la relación en que crea estar con otros tratados, anteriores o coetáneos, acerca del mismo tema” (FE 55; PhG 11), en este último no existe problema en dejar “*indicada [angegeben]* la relación de la ciencia que denomino *Fenomenología del espíritu* con la *Lógica*” (*Ciencia de la lógica*, vol. I, Madrid: Abada; UAM, 2011, p. 186; *Wissenschaft der Logik*, en *Werke in zwanzig Bände*, op. cit., vol. 5, p. 18; énfasis mío). Nótese, por otro lado, que en esta misma obra Hegel volverá a insistir en la misma idea con la que abriera el prólogo a la *Fenomenología del espíritu* (véase la Introducción, CL 193s; WL 35s). Bien es cierto que *lógica* y *fenomenología* no son precisamente “el mismo tema”, más no por ello el empleo del prólogo en esos términos deja de ser cuando menos problemático en relación al rechazo manifestado en su momento. Sea como fuere, más allá del posible carácter polémico, que aquí no trataremos por exceder los límites de esta lectura, la contraposición de otros prólogos hegelianos parece confirmar la excepcionalidad no sólo del prólogo aquí en cuestión sino, muy particularmente, de su peculiar relación con el cuestionamiento del texto prologal en él llevado a cabo.

³² Por las mismas razones que acabamos de señalar. De nuevo Derrida: “para el prólogo, que vuelve a formar un querer-decir a cosa hecha, el texto es un escrito –un pasado– que, en una falsa apariencia de presente, un autor oculto y todopoderoso, con pleno dominio de su producto, presenta al lector como futuro suyo. Esto es lo que he escrito, después leído y que escribo que van ustedes a leer” (op. cit., p.

por paradójico que pueda parecer, es la que nos incita a hacer la irónica respuesta de Nicolaus Notabene en *Prólogos*.

Mas permítaseme antes de entrar en ella hacer mención, muy fugazmente, a un prólogo más, próximo al de Hegel, al menos cronológicamente – y tal vez también en algún otro sentido. Se trata del mínimo prefacio que Friedrich Schlegel antepone a su propia novela *Lucinde* (1799). ¿En qué consiste? Más apropiado, y fácil, es decir en qué *no* consiste: como atendiendo anticipadamente la demanda de Notabene, el prólogo de Schlegel parece no tratar de nada, no siendo, en todo caso, del propio prólogo, insinuándose también este como una especie de metaprólogo. Con alusiones a los modelos de Petrarca, Boccaccio y Cervantes, Schlegel parece reivindicar la legitimidad de un prólogo que no trate de nada (el mero “sonriente enternecimiento” del de Petrarca parece ilustrarlo claramente; Cervantes, por su parte, antepone un prólogo que es “en sí mismo” [¿emancipado?] un bello cuadro romántico),³³ y que no obstante no sea, sin más, superfluo. Pues como si se quisiera anticipar también a la valoración que en breve hará Hegel, anota Schlegel: “levanta una primorosa planta del fértil suelo materno y a ella seguirán prendidas amorosamente cosas que solo a un ser mezquino le pueden parecer superfluas [*überflüssig*]”.³⁴

¿Acaso pueda ser Hegel, además de ridículo, mezquino? Schlegel parece no dudar en calificarlo, *avant la lettre*, de lo segundo; Kierkegaard, por su parte, bien sabido es que con frecuencia lo acusa de lo primero. Y sin embargo encontramos en la valoración que del prólogo hacen uno –de forma mínima– y otro –mucho más por extenso– ciertas claves que nos invitan a reconsiderar la mezquindad y ridiculez a las que Hegel se habría arriesgado al, de un lado, tachar el prólogo de cosa “superflua, inapropiada, y hasta contraproducente” y, de otro, anteponer uno a su *Fenomenología del espíritu*.

Aprovechando la imagen del propio Schlegel, podríamos decir que el prólogo se aferra amorosamente al libro-planta de Hegel (mantener la metáfora nos interesa

12-13). El sentido de estas palabras no dista mucho de lo que encontramos en Hegel como argumento para la proscripción de los prólogos. No obstante, a pesar de esta continuidad en la interpretación de lo que sea un prólogo, la lectura de Derrida parece poner en entredicho incluso la aproximación alternativa de Hegel, como ya decíamos, pues la “justificación” que encontramos en las páginas del prólogo a la *Fenomenología del espíritu* asume de facto el carácter pasado, ya-escrito, del texto prologado; tanto es así que, como es sabido, el texto del prólogo es de hecho redactado por Hegel con posterioridad a la conclusión de la obra, lo que arroja la sombra de una duda razonable sobre la consistencia en la ejecución del sistema hegeliano en este punto (véase, a este respecto, la crítica de Feuerbach que el propio Derrida recoge en la obra citada, crítica según la cual “la filosofía hegeliana nos presenta, desde su comienzo y su punto de partida, una contradicción, contradicción entre la verdad y la cientificidad, entre la esencialidad y la formalidad, entre el *pensamiento* y la *escritura*. *Formalmente*, la idea absoluta no es, sin duda, presupuesta, pero en el fondo lo es [...] La idea absoluta era una certidumbre absoluta para el *pensador* Hegel, pero para el *escritor* Hegel era una incertidumbre formal”, *ibidem*, p. 45-46).

³³ Friedrich Schlegel, *Kritische Ausgabe seiner Werke*, vol. 5, Paderborn: Schöningh, 1962, p. 3.

³⁴ *Ídem*.

particularmente por lo muy hegeliana que resulta)³⁵ porque no es aquella cosa superflua y hasta contraproducente, sino otra bien distinta, que demanda su derecho a anteponerse legítimamente a la obra sin por ello interferir en ella. ¿De qué manera? Ya se ha dicho que porque no contiene *indicaciones* que nos refieran anticipadamente algo respecto del asunto, con lo que será, en este sentido, un *nada* que, como tal, nada anticipe y en nada interfiera. Y que signifique, no obstante, algo. Como el sonriente enternecimiento de Petrarca, según escribe Schlegel; o más genéricamente, y ahora en palabras de Nicolaus Notabene, una disposición [*Stemning*, en danés; *Stimmung*, en alemán].

3. La ininteligibilidad del texto

Hegel insiste en el propio texto de su prólogo en que la meta es siempre un “universal sin vida”,³⁶ y meta sería también, como algo fijo, determinado, la proposición, la cual “de manera inmediata [...] es sólo una forma vacía”.³⁷ De ahí que sea preciso atravesar la totalidad del devenir³⁸ de una exposición entendida como materia viva, renunciando a detenerse en la particularidad de cualquier expresión que surja de su devenir y que, como tal, pueda reclamar legitimidad para ser hipostasiada. Para Hegel la comprensión es comprensión: de la totalidad de la exposición, en todo su devenir *orgánico*. No es casual que de ello nos hable en su prólogo.

Como tampoco es casual que el mismo prólogo no sólo nos presente la contraposición entre una aproximación al texto filosófico propia frente a otra impropia,³⁹ sino que lo haga, además, con la marca de algo tan característicamente hegeliano como es el uso de un lenguaje extremadamente denso, de muy difícil lectura. Como queriendo ir al encuentro de la dificultad, Hegel oscurece su propio lenguaje haciendo uso de largas frases en las que pronombres o puntuación del texto, entre otros, parecen aspirar a interponerse entre el discurso y el lector. Lejos de emplear el lenguaje para buscar por todos los medios *fijar* el sentido, el texto hegeliano camina en dirección opuesta, como si desease por todos los medios *liberarlo*.⁴⁰

³⁵ Recordemos que Hegel habla de una “unidad orgánica”, a la que refiere justamente a propósito de la tan conocida imagen del capullo, la flor y el fruto, es decir, la planta (FE 57; PhG 12).

³⁶ FE 59; PhG 13.

³⁷ FE 129; PhG 62.

³⁸ Véase FE 123; PhG 57-58.

³⁹ FE 57; PhG 12.

⁴⁰ La reivindicación del valor de la incomprendibilidad en los textos hegelianos dista enormemente de ser algo novedoso en el ámbito de los estudios de la obra de Hegel. A modo de ejemplo, puede destacarse el trabajo de Alexandre Koyré, quien hace ya casi un siglo la identificaba como algo previsto por el propio sistema en su demanda de un nuevo modo de pensar (Alexandre Koyré, “Note sur la langue et la terminologie hégéliennes”, *Revue Philosophique de la France et de l'Étranger*, n. 112, 1931, p. 409-39; p. 410).

Evidentemente, esta peculiar retórica no es accidental, sino que *obedece* al propio discurso hegeliano. Tanto es así que también ella es objeto de discusión por parte del propio prólogo que no quiere ser prólogo, por así decir, pues Hegel no se limita a hacer uso de un lenguaje “ininteligible”⁴¹ sino que se refiere expresamente a la inmediata “ininteligibilidad” de su texto, que se vincula a aquella llamada a la “totalidad”, a la “unidad orgánica”,⁴² a su renuncia a la proposición como lo incapaz de dar expresión de la verdad, o lo que es lo mismo, a la renuncia a lo muerto y en reposo en favor de lo vivo y en movimiento.⁴³ La “ininteligibilidad” formal y la reivindicación de la totalidad se corresponden mutuamente,⁴⁴ y esta correspondencia encuentra su más claro y singular reflejo en la doctrina de la *proposición especulativa*, la cual, como contrapuesta a la *proposición en general*, adquiere en el propio texto del prólogo una especial relevancia, en la medida en que podamos interpretarla como depositaria de la exigencia de movimiento que atraviese todo el despliegue del saber⁴⁵ y no se vea “refrenado” por uno de sus momentos particulares, o determinaciones. Es justamente este “refrenarse” el que, por un lado, subyace a todo juicio, a toda proposición en general, y, por otro, motivaría en última instancia la censura del prólogo como conjunto de “indicaciones” que abortasen la inmersión del lector en el fluir del texto.⁴⁶ Ambas cosas van de la mano, y así la impropiedad del prólogo se equipara a la de la proposición en general, de ahí que ambas sean volcadas en el mismo texto prologal: la primera, mediante la declaración inicial; la segunda, mediante, muy particularmente, la reivindicación de la proposición especulativa, reflejada de manera singular en el correspondiente elogio de la ininteligibilidad del lenguaje como espejo retórico suyo.

En otras palabras, Hegel utiliza la complejidad del discurso para dar forma a la llamada a la totalidad a la que explícitamente refiere, y a la que se vincula también su censura del prólogo, buscando plasmar en su misma exposición la imposibilidad de reconocer como plena e inmediatamente significativo cualquier momento particular de la misma. Y así, como perspicazmente anota Adorno:

⁴¹ Cf. FE 127; PhG 60.

⁴² FE 57; PhG 12.

⁴³ Cf. FE 59; PhG 13.

⁴⁴ “Hay indudablemente un elemento de ocultamiento en el método de Hegel” el cual obedece a su “propósito de persuasión racionalista” que nos llama a penetrar en la obra (H. S. Harris, “Hegel’s Image of Phenomenology”, en Robert Stern (ed.), *G. W. F. Hegel. Critical Assessments*, Londres: Routledge, 1993, vol. III, p. 64-77; p. 65-66). Por esta razón, argumenta el propio Harris, nada más adecuado para poder interpretar el texto que hacerlo “desde dentro” (ibídem, p. 67).

⁴⁵ Cf. FE 83-85; PhG 31.

⁴⁶ Existe un paralelismo entre ambas cosas: de un lado, el rechazo al valor último de toda determinación (“la verdad no es una moneda acuñada que pueda darse ya lista para guardársela sin más en el bolsillo” FE 97; PhG 40), del otro, el rechazo de las *indicaciones* aludido en el prólogo. En última instancia, se puede detectar en uno y otro caso la llamada a –más acá de la totalidad del sistema– la necesidad del movimiento.

no hay que deslizarse por encima de los pasajes en los que queda en el aire, indecisamente, de qué se trate, sino que habría que derivar su estructura de la sustancia de la filosofía hegeliana; pues a ella va asociado el carácter de que eso esté en el aire de acuerdo con la doctrina de que no es posible asir la verdad en ninguna tesis particular, en ningún enunciado positivo limitado. La forma hegeliana concuerda con tal intención: nada puede entenderse aislado, todo únicamente en conjunto.⁴⁷

Al oscurecer su discurso Hegel está decididamente boicoteando la fijación de la proposición en su propia exposición, negándole así al lector ese “universal sin vida”, que, de un lado, sería para este una demoníaca tentación y, de otro, para el propio texto hegeliano, una burda contradicción. Como consecuencia, el texto hegeliano se reivindica necesariamente incomprensible en su inmediatez. De nuevo Adorno:

Quien se retraiga ante las consideraciones efectuadas por Hegel sobre su concepción total, y sustituya la transparencia de lo singular por la determinación del valor de posición del detalle en el sistema, habrá renunciado a entender estrictamente, habrá capitulado. Hegel no tendría que ser entendido estrictamente.⁴⁸

A la *claridad y distinción* de una razón cartesiana contraponen Hegel la oscuridad de un discurso que no se deja, con ella, inmediatamente capturar.⁴⁹ Y es que Hegel impugna la legitimidad de esa misma claridad inmediata, reivindicando en su lugar su misma falta, que deja de ser vicio para convertirse en virtud del texto. Frente a la fácilmente digerible proposición, como feliz –tanto como ingenua– fórmula final, Hegel “exige objetivamente, y no sólo para que el lector se habitúe a la cuestión, varias lecturas”,⁵⁰ las cuales puedan ganar *también* al lector para el propio proceso de devenir del Sistema – y es que, a fin de cuentas, si la verdad de este radica en la totalidad, esta no podrá prescindir del lector.⁵¹

⁴⁷ Theodor W. Adorno, *Tres estudios sobre Hegel* [*Drei Studien zu Hegel*, 1963], Madrid: Taurus 1969, p. 121.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 126.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 126s. De aquí el concepto hegeliano [*Begriff*] como aquello que sí captura [*greifen*] el movimiento, en tanto que el propio pensar deviene “automovimiento”, dejando atrás la claridad y distinción propia de los pensamientos determinados, que son *superados* (“cancelando los pensamientos determinados y sólidamente fijados” [*durch das Aufheben der festen, bestimmten Gedanken*] FE 93; PhG 37, énfasis mío).

⁵⁰ *Ibidem*, p. 122.

⁵¹ Aún sin espacio para tratarlo debidamente, no podemos pasar sin hacer aquí mínima mención a un otro aspecto de enorme importancia que es también inseparable de la teoría de la proposición especulativa como superación del juicio, a saber, la correspondiente superación del “yo que juzga”, el cual pierde su pretendida firmeza resultando también disuelto o “fluidificado” en una proposición que, de este modo, no sólo hace desaparecer la escisión sujeto/objeto, sino también la substantialidad de ese yo propio del juicio (véase FE 123-5; PhG 57-59). En cuanto a lo que aquí nos ocupa, esto tiene especial relevancia en tanto que este mismo *yo* del que se libera la proposición sea equiparable al autor, como

Podemos apelar a Adorno para interpretar la retórica del discurso del prólogo a la *Fenomenología del espíritu* en estos términos, pero en realidad no necesitaríamos ni siquiera salir del propio texto de Hegel, pues en los mismos términos se dirigirá él a su lector, solo unas páginas después de haberlo capturado y enredado en su lectura. Y lo hará, no casualmente, al hilo de la contraposición entre “la forma de una proposición en general y la unidad del concepto que la destruye”.⁵²

En la medida en que esta contraposición sea difícil de *capturar* (*greifen*), Hegel nos invita inmediatamente a una aclaración con ejemplos. La aclaración, a nivel proposicional, o en su inmediatez, poco o nada parece aclarar, como si el texto se quisiera de algún modo mofar del lector, recreándose en la misma ininteligibilidad a la que se apelará de inmediato. Mas lejos de ello, o más bien justamente en virtud de ello, el texto sí está en verdad aclarando, *literalmente ejemplificando* la tesis presentada, pues si la aclaración fuese proposicionalmente efectiva, lejos de aclarar la tesis, la cancelaría. El texto ejemplifica la tesis, si bien no en un sentido proposicional –justamente en eso consiste la tesis–, sino en la medida en que fuerza al lector, atraído por el señuelo de la promesa de una aclaración con ejemplos, a caminar con el propio texto en la destrucción –*deconstrucción*, podríamos decir tal vez mejor aquí– de la separación sujeto-predicado, propia del juicio, que fundamenta la “proposición en general” a la que se está haciendo referencia.⁵³ O para expresarlo de otro modo, el texto ofrece su aclaración performativamente.

Veámoslo un poco más de cerca. Hegel utiliza la proposición “Dios es el ser”, y de ella dice que el sujeto (Dios) se *fluidifica* en el predicado. La expresión utilizada, “*zerfließt*”, que en sentido figurado significa “se desvanece”, tiene ese otro sentido más literal que sin duda tan precisamente se ajusta al discurso hegeliano, según el cual lo sólido es fundido y pasa con ello a *fluir*. Inmediatamente, Hegel continúa diciendo que, al desaparecer el sujeto (desvanecerse/fluidificarse), el pensar se siente

yo del texto. Volker Rühle escribe en esta línea que “las determinaciones y proposiciones del texto especulativo serían formas de expresión y momentos creativos de un movimiento de reflexión que, en el acto de la escritura, se hace visiblemente consciente de sus presupuestos y de sí mismo [...] el ‘yo pienso’ de la experiencia especulativa no es presupuesto a esta experiencia como sujeto, sino que se ha inscrito en ella como momento cambiante. La ‘meta’ de esta experiencia no puede, en consecuencia, ser concebida como objeto intencional de este yo, sino que es precisamente una liberación de la experiencia de distinciones presupuestas que fijan su movimiento [...] En la medida en que la representación especulativa se libera del ángulo visual de un yo presupuesto cuyas distinciones organizan su devenir, gana una autonomía creadora en la que el ‘yo’ y el ‘nosotros’ están incluidos por igual” (Volker Rühle, “El prólogo de Hegel a la *Fenomenología del espíritu*”, en Félix Duque (ed.), *Hegel. La odisea del Espíritu*, Madrid: Círculo de Bellas Artes, 2010, p. 17-34; p. 32-34). Más adelante tendremos ocasión de volver a incidir sobre esta cuestión.

⁵² FE 125; PhG 59.

⁵³ Sobre la contraposición entre proposición especulativa y juicio puede consultarse el comentario de Félix Duque al texto hegeliano: Félix Duque, *Hegel. La especulación de la indigencia*, Barcelona: Granica, 1990, p. 44-46.

“refrenado” o “represado” –deja de fluir– y así tiene que *volver* en busca del sujeto que ha perdido, para poder continuar. Podemos entender que en ese momento el texto esté trabajando la *fluidez* y la *represión* simultáneamente a dos niveles: de contenido y de forma;⁵⁴ pues mientras tal afirma, el propio texto va haciendo al lector *represarse* en una lectura cuya inmediata fluidez se va dificultando. Hegel afirma que (en la proposición especulativa) “el sujeto se pierde, [y] el pensar, en lugar de seguir avanzando en el tránsito del sujeto al predicado, más bien se siente refrenado, y arrojado de vuelta al pensamiento del sujeto, pues echa en falta a éste”.⁵⁵ Paralelamente, en el propio texto hegeliano, también el sujeto se pierde, en este caso el sujeto de la frase, la que sigue inmediatamente a la que acabamos de citar. En ella, Hegel hace uso de un oportunamente ambiguo pronombre, “*es*”, que contribuye a que al lector “se le pierda” el sujeto (de la frase), pues fácilmente ya no estará muy seguro de si este es “el sujeto” o “el pensar”, ambos referidos con anterioridad y ambos susceptibles de ser lo substituido por el pronombre. Como resultado, el lector se ve “arrojado de vuelta” al sujeto (de la frase),⁵⁶ que no es otra cosa que lo que la proposición especulativa exige: “[forzar] al saber a volver sobre la proposición y captarla ahora de otro modo”,⁵⁷ “desde la unidad del concepto que destruye la proposición en general”.⁵⁸ Es entonces, destruida la proposición en general, la estructura sujeto/predicado propia del juicio, cuando la lectura puede recuperar su fluidez, ahora en rigor, una vez que el sujeto ha sido *fluidificado*. En otras palabras, el texto ha forzado al lector al encuentro con la proposición especulativa, en la que sujeto y predicado son asimilados como un todo fluido, en movimiento, más allá de la escisión (determinación) propia del juicio.

Continuamos leyendo y, sólo unas líneas más abajo, incorpora Hegel la explícita reivindicación del valor que la ininteligibilidad tiene en un texto filosófico (en su propio texto). En términos muy próximos a lo que escribirá Adorno, como anticipábamos, explica él mismo:

En este refrenarse, al que no se está acostumbrado, se basan, en gran parte, las quejas sobre la ininteligibilidad de los escritos de filosofía cuando, por lo demás, en el individuo se dan las condiciones habituales de formación cultural para entenderlos. En lo que hemos dicho, podemos ver el fundamento de un reproche muy concreto que se les hace a menudo: que bastantes cosas de ellos hay que leerlas varias veces

⁵⁴ Haciendo con ello desvanecerse o fundirse también esta otra contraposición (cf. Derrida, op. cit., p. 25).

⁵⁵ FE 125; PhG 59.

⁵⁶ Ídem. Sólo al de la frase, que es “el pensar”, y no “el sujeto”, como explica Duque en su comentario a este pasaje (op. cit., p. 51). Nótese cómo Gómez Ramos opta, en su traducción del texto, por resolver la confusa ambigüedad del pronombre mediante la introducción del nombre (“el pensar”).

⁵⁷ FE 127; PhG 60.

⁵⁸ FE 125; PhG 59.

para poder entenderlas; reproche del que se supone que contiene algo incontestable y definitivo, de modo que, cuando se da por bien fundado, no admitiría réplica alguna. – Por lo dicho arriba se hace claro qué pasa con esto. La proposición filosófica, como es una proposición, suscita la opinión de que se trata de la habitual relación de sujeto y predicado, y del habitual comportamiento del saber. Este comportamiento y la opinión del mismo los destruye el contenido filosófico de la proposición; la opinión hace la experiencia de que se mienta otra cosa distinta de lo que ella creía querer decir, y esta corrección de su opinión fuerza al saber a volver sobre la proposición y captarla ahora de otro modo.⁵⁹

Esto último, insistamos, es justamente lo que la propia inmediata ininteligibilidad del texto ha forzado en el discurso, volver sobre la proposición para captarla no como algo fijo y estable, “claro y distinto”, sino “fluidificada”.⁶⁰ Con una expresión muy armonizada, redundando en las mismas imágenes, habla Adorno de cómo Hegel espera de su lector “dejarse llevar por la corriente, sin forzar a permanencia a lo momentáneo”;⁶¹ y para ello, el texto genera su propio flujo, su propio ritmo.⁶²

4. La necesidad del prólogo superfluo

Podemos así, por fin, volver, con Notabene, sobre la cuestión de cómo interpretar la negación hegeliana del prólogo llevada a cabo en el propio prólogo y sostener que no hay nada de incongruencia en la aparentemente contradictoria sentencia; y no ya sólo por lo que pueda justificar el propio Hegel, sino porque es posible ensayar

⁵⁹ FE 127; PhG 60.

⁶⁰ En una línea muy similar vincula Dove la ininteligibilidad del texto hegeliano a “un gran respeto hacia sus lectores” por parte de Hegel (Kenley Royce Dove, “Hegel’s Phenomenological Method”, en Robert Stern (ed.), *G. W. F. Hegel. Critical Assessments*, vol. III, Londres: Routledge, 1993, p. 17-38; p. 33).

⁶¹ Op. cit., p. 161.

⁶² Cf. FE 125; PhG 59. Este empeño por el movimiento condena al texto a un cierto permanente encononazo consigo mismo, a una cierta polémica con su propia determinación, con el fin de evitar que lo que en él se recoge pueda ser tomado, impacientemente (FE 87; PhG 33), como una proposición, familiar y conocida en tanto que firme, inmota, en lugar de conducir hacia el movimiento de ir y venir (cf. FE 89-91; PhG 34-35). En este sentido, podríamos interpretar que en el texto hegeliano es, en última instancia, más relevante el *cómo* que el *qué*, en tanto que “infatigablemente, el *Prólogo* a la *Fenomenología del Espíritu* subraya esas ‘energías vitales’ cuyo ‘automovimiento’ organiza la obra. Como una obertura musical, reúne y refleja el motivo de una obra de la que Hegel quiere mostrar que no se agota en su partitura, sino que sólo se actualiza en su ejecución [...] los procesos de experiencia creativos que se condensan en una obra filosófica no se dejan observar desde fuera. La obra no los describe como un contenido, sino que los continúa y los refleja de manera que cada nueva formulación será un momento de una nueva diferenciación de su devenir” (Rühle, op. cit., p. 18-19). En este mismo sentido se entendería la afirmación de Adorno según la cual “de igual modo que hoy se habla de antimateria, los textos hegelianos son antitextos” (op. cit., p. 155).

otras lecturas que ahonden en el alcance del rechazo de las indicaciones⁶³ y ofrezcan respuestas alternativas (o complementarias) a la pregunta de a qué otra cosa se esté consagrando el texto hegeliano.⁶⁴ Por lo que hemos visto, esta otra cosa sería conducir al lector hacia un modo diferente de encontrarse con el texto, hacia la necesidad de *vérselas* con él. El prólogo que Hegel antepone a su obra “finge”⁶⁵ ser un prólogo en el sentido usual (desde luego asume el título de “prólogo”, se antepone a la obra, y de algún modo nos la presenta) si bien en su desarrollo se nos revela como algo contrapuesto, como un *nada* en ese mismo sentido habitual del prólogo. Un nada, no obstante, que significa algo y que nos conduce a transformar nuestra relación con el texto.

De igual manera que existe un “habitual comportamiento del saber” que la proposición filosófica destruye,⁶⁶ podemos inferir de las páginas del texto hegeliano que existe también un habitual comportamiento del prólogo a la obra,⁶⁷ que tam-

⁶³ Volviendo una vez más al texto de Adorno, y a respecto de las indicaciones, merece destacarse la denuncia de que “a veces dormita el mismo Hegel, se contenta con indicaciones formales, con tesis de que algo es de tal modo, cuando lo que habría que hacer sería hacerlo efectivo” (ibidem, p. 124). Seguro que no le falta razón en ello, como no menos seguro es que el prólogo de la *Fenomenología del espíritu* distaría mucho de ser el mejor ejemplo al respecto.

⁶⁴ Aún sin ánimo de desviar la atención hacia otros textos, que desproporcionarían el presente trabajo, no deberíamos pasar sin señalar aquí el encuentro que a este respecto se produce, particularmente, con Johannes Climacus, autor de la *Apostilla concluyente no científica a las Migajas filosóficas*, antes ya referida. En esta misma obra, dentro del apartado dedicado a repasar los textos anteriores de la polinimia kierkegaardiana, el destacado heterónimo Climacus celebra explícitamente que los anteriores autores pseudónimos no hayan “malemployado un prólogo” queriendo utilizarlo para ofrecer indicaciones al lector “como si un autor fuese en un sentido puramente jurídico el mejor intérprete de sus propias palabras, como si le pudiese servir a un lector que un autor ‘pretendiese esto y lo otro’ cuando no fuera *realizado*” (SKS 7, 229, énfasis mío). Si bien el propósito de la presente investigación se agota en la conexión del prólogo a la *Fenomenología del espíritu* con *Prólogos*, el fundamento de esta remite inevitablemente a la obra de Johannes Climacus, que tiene en la propia *Apostilla* el más brillante ejemplo de la alternativa entre la inconsistencia de un mero decir algo frente a un hacerlo efectivo mediante el propio discurso. En lo que pueda haber de conexión de las palabras de Climacus con el caso de Hegel aquí tratado, piénsese en la denuncia de Adorno que acabamos de señalar y en cómo el caso del prólogo a la *Fenomenología del espíritu* sí podría ser identificado como un ejemplo en el que Hegel logre hacer efectivo el propósito. En tal caso, y volviendo ahora a la analogía con Notabene, podríamos incluso deducir que, en la misma medida en que el texto pueda ser realmente efectivo, su autor, como en el caso del heterónimo kierkegaardiano, estaría abocado a acabar siendo reconocido como un *n.n.*

⁶⁵ Escribe Notabene: “Un prólogo así, el prólogo emancipado, no debe pues tener tema alguno sobre el que tratar, sino tratar sobre nada, y en la medida en que parezca ocuparse de algo y tratar sobre algo, debe ser una ilusión y un movimiento fingido” (ESK 4/2, 282-3; SKS 4, 469). Encontramos aquí otra sugerente propuesta para la conexión de ambas teorías del prólogo, pues el texto hegeliano se empeña en la exigencia del movimiento, y podríamos decir que literalmente lo finge, esto es, le da una existencia ideal que en rigor no tiene, en la medida en que no puede realmente escapar de la firmeza de la palabra escrita (cf. nota 62).

⁶⁶ FE 127; PhG 60.

⁶⁷ Cf. FE 55; PhG 11.

bién es destruido, filosóficamente, en el propio texto prologal hegeliano. De igual manera que el contenido filosófico de la proposición destruye su forma fija, también el contenido filosófico del prólogo destruye esa otra forma fija, *fundiendo* el propio prólogo, que como prólogo propiamente se *desvanece*. Abusando de la analogía con la proposición especulativa, podríamos en tal caso decir que el prólogo se *fluidifica* en la propia obra (sus páginas nos llevan de facto a ella – sea la *Fenomenología del espíritu* o el sistema de la ciencia), mas ante todo, lo importante aquí es destacar que solo podrá hacerlo en la medida en que no interfiera en su desarrollo, que no anticipe nada: que (no) sea *nada* en estricto sentido prologal, no se trate en él nada de lo que sea objeto del libro e, inversamente, este no necesite de él para nada, pues el prólogo, por lo que a él respecta, (no) es nada.

Recordemos que, para el propio Hegel, en rigor el prólogo no puede anunciarnos el sistema. En este último estaría, ahora en palabras de Notabene, el tema del que se ocupe la obra. No estando legitimado para inmiscuirse en él, para anticipar nada, el prólogo hegeliano resulta así un ejemplo de “escribir sin tema”,⁶⁸ o dicho de otra manera, igual que los de Notabene, el prólogo *es* en virtud de (no) ser nada, en virtud de ser prescindible, *superfluo*, respecto de la obra prologada. En tal caso, nos encontramos en una situación pareja a la de los prólogos de Notabene: que ambos pueden ser escritos (a Notabene se lo permite su mujer, a Hegel, “el sistema”) por haberse emancipado de la obra, por (no) ser nada respecto de ella.⁶⁹

Y ser, con todo, algo; algo importante, además. Ya quedaba indicado, tanto con Notabene, en particular, como con la fugaz alusión complementaria a Schlegel; y también así en Hegel, añadimos ahora: una *Stimmung* (*Stemning*), esto es, una disposición, un estado de ánimo, o también, en sentido musical, una afinación.⁷⁰ El prólogo dispone o “afina” al lector para el encuentro con un texto que, en rigor, no necesita del prólogo, por mucho que, paradójicamente, se beneficie notablemente de

⁶⁸ ESK 4/2, 282; SKS 4, 469.

⁶⁹ El propio Hegel parece reconocerlo casi abiertamente: al vincular “la naturaleza del método científico” a lo especulativo afirma que “lo que aquí se ha dicho expresa, ciertamente, el concepto, pero no puede valer más que como una aseveración dada por anticipado. Su verdad no reside en esta exposición [*Exposition*], parcialmente narrativa” (FE 119; PhG 55. Gómez Ramos llama la atención sobre cómo el uso de la palabra “*Exposition*”, en lugar de “*Darstellung*”, da a entender un distanciamiento). Similarmente, sólo unas páginas más atrás se asociaban explícitamente los prólogos al método matemático, el cual “tiene por materia el espacio muerto y lo Uno igualmente muerto”, por contraposición al saber filosófico, en el que “la verdad es el movimiento de ella en ella misma”; de ahí que tal método matemático sea rechazado como propio “para la vida corriente, para una conversación o la instrucción historiográfica, más dadas a la curiosidad que al conocimiento, como más o menos lo están también los prólogos” (FE 109; PhG 47-48).

⁷⁰ El propio Notabene recalca explícitamente este otro sentido al afirmar que “un prólogo es un estado de ánimo [*Stemning*]. Escribir un prólogo es como afilar la guadaña, como afinar [*stemme*] la guitarra” (ESK 4/2, 283; SKS 4, 469).

él, hasta el punto de resultar casi necesario – como afinación o disposición.⁷¹ Si la *Fenomenología del espíritu* supone, en el contexto de la totalidad del sistema de la ciencia hegeliano, una introducción a la filosofía, el prólogo, en tanto que aquello de facto antepuesto a la introducción, hace las veces de introducción a la introducción, mas nótese, no temáticamente sino como *Stimmung*, poniéndonos en la correcta disposición, en una nueva forma de hacer filosofía que destruye “el habitual comportamiento del saber”.⁷²

Llegados a este punto, podemos volver sobre la justificación que el propio Hegel presenta en su texto, la cual nos hablaba, recordemos, de una necesidad externa y otra interna, y ensayar una ligera reformulación: la interna equivaldría a que el sistema no necesite temáticamente una presentación prologal, ni la consienta, frente a la externa, que correspondería ahora a la necesidad, esta sí patente, de disponernos para el sistema. Así, la importante tarea del prólogo consistiría no tanto en hablarnos del momento llegado, como el propio Hegel hace explícito, como en prepararnos para él. Como explica Nancy:

Si el momento de la filosofía –de su saber, de su trabajo, de su paciencia propias– debe al principio establecerse como momento separado, como disciplina abstracta del pensamiento y como libro difícil de leer, y que habrá que releer o cuya lectura habrá que borrarse para penetrar en el sentido –pero cuya lectura, como acto separado, no es nunca tampoco indispensable para la experiencia de la verdad–, si, entonces, esta separación es necesaria, no lo es sino para exponer esto: a saber, que se trata de *nosotros*, y que la verdad o el sentido puestos en escena ante nosotros como “filosofía” no poseen verdad o sentido sino para nosotros.

No que la filosofía se dedique a dárnoslos: en ese caso, no serían sino algo dado con lo que no sabríamos qué hacer. Sino que son para nosotros, para todos nosotros, es decir, no poseen sentido ni verdad más que en nosotros, en nuestras existencias concretas, y en cuanto que estas existencias no son las de individuos separados, sino de singularidades que comparten el movimiento, el devenir, el deseo y la decisión.⁷³

⁷¹ La conexión prólogo-obra prologada quedaría entonces establecida negativamente. M. Nientied analiza cómo Notabene determina el prólogo mediante su relación negativa hacia algo otro (el libro), siendo el tema de su paradójica obra una negación del tema (Mariele Nientied, “VorWorte und VerAntwortung”, en *Kierkegaard und Wittgenstein. “Hineintäuschen in das Wahre”*, Berlín: Walter de Gruyter, 2003, p. 15-77; p. 50). Compárese la labor de Notabene con la relación que el propio Hegel establece entre lo negativo y “lo moviente” (FE 95; PhG 39). Así, el prólogo, en su relación negativa con la *Fenomenología del espíritu* / el sistema, sería lo que nos mueve hacia él, justamente en virtud de su negatividad, de no ser la obra.

⁷² FE 127; PhG 60.

⁷³ Jean-Luc Nancy, *Hegel. La inquietud de lo negativo* [*Hegel. L'inquiétude du négatif*, 1997], Madrid: Arena Libros, 2005, p. 84-85. En términos análogos se refiere Derrida a la tarea del prólogo como una *Bildung* que se hace necesaria por causa de la cultura dominante (op. cit., p. 18-19). El propio Hegel, por su parte, nos habla en términos de “revolución” [*Umwälzung*] (FE 67; PhG 19).

Ya lo decíamos páginas atrás, que se trata, ante todo, de ganar al lector para el sistema, de que comparta su movimiento, y para ello el prólogo al sistema asume justamente esta tarea, poner en movimiento, propiciando en consecuencia la asunción de “un nuevo espíritu”. A este respecto, leemos del propio Hegel: “El comienzo del nuevo espíritu es producto de un vuelco revolucionario [*Umwälzung*] de largo alcance, con múltiples formas culturales, es el premio a un camino con múltiples revueltas [*der Preis eines vielfach verschlungenen Weges*] y un esfuerzo y denuedo igualmente múltiples”.⁷⁴ Si leemos ahora esta frase desde la perspectiva de que el camino es el propio texto, y que el prólogo nos introduce *–pone en camino–* a una nueva manera de hacer filosofía que el propio texto hace efectiva, la expresión escogida por Hegel podría tener otra traducción, más ajustada a esta lectura, pues “*verschlingen*”, dicho en relación a un libro, significa “devorarlo”. El nuevo espíritu, en consecuencia, sería en este caso particular una nueva manera de *vérselas* con un texto filosófico, que no se contenta con la distante claridad de unas verdades “en reposo”, “claras y distintas”, sino que ansía penetrar y tomar parte en el movimiento de su producción, cosa que en un primer momento hace “devorando” sus densas páginas – y léase “devorar” tanto en el sentido de tomar compulsivamente como en el de hacer desaparecer, por absorción. Y todo ello pese a / en virtud de que, desde la perspectiva del sistema, de ese nuevo saber, el prólogo, en rigor o internamente, no sea nada: “escribir un prólogo es como llamar a alguien a su puerta para gastarle una broma”,⁷⁵ pues cuando uno va a abrir se encuentra con que el que llamaba se ha desvanecido.⁷⁶

Obras citadas

- ADORNO, T. W.: *Tres estudios sobre Hegel*, Madrid: Taurus, 1969.
- DERRIDA, J.: *La diseminación*, Madrid: Fundamentos, 1975.
- DOVE, K. R.: “Hegel’s Phenomenological Method”, en Robert Stern (ed.), *G. W. F. Hegel. Critical Assessments*, vol. III. Londres: Routledge, 1993, pp. 17-38.
- DUQUE, F.: *Hegel. La especulación de la indigencia*. Barcelona: Granica, 1990.
- GENETTE, G.: *Seuils*. París: Seuil, 1987.
- HARRIS, H. S.: “Hegel’s Image of Phenomenology”, en Robert Stern (ed.), *G. W. F. Hegel. Critical Assessments*, vol. III. Londres: Routledge, 1993, vol. III, p. 64-77.
- HEGEL, G. W. F.: *Werke in zwanzig Bänden*. Frankfurt: Suhrkamp, 1969-71.

⁷⁴ Ídem.

⁷⁵ ESK 4/2, 283; SKS 4, 469.

⁷⁶ Asunto aparte sería dar cuenta de la curiosa moraleja que pueda haber en el hecho de que con frecuencia sea la *Fenomenología del espíritu* la que se desvanezca, a los ojos de muchos lectores, ante la presencia de un prólogo que los absorbe quizás en demasía, y así, en lugar de ser el prólogo disuelto en el sistema, sea este último el que de algún modo desaparezca ante su paradójica presencia.

- HEGEL, G. W. F.: *Fenomenología del espíritu*. Madrid: UAM; Abada, 2010.
- HEGEL, G. W. F.: *Ciencia de la lógica*, vol. I. Madrid: Abada; UAM, 2011.
- KIERKEGAARD, S.: *Søren Kierkegaards Skrifter*. 28 vols. Copenhagen: Søren Kierkegaard Forskningscenteret; GAD, 1997-2013.
- KIERKEGAARD, S.: *Escritos*. Madrid: Trotta, 2000-(en curso).
- KOYRÉ, A.: “Note sur la langue et la terminologie hégéliennes”, en *Revue Philosophique de la France et de l’Étranger*, n. 112, 1931, pp. 409-39.
- NIENTIED, M.: “VorWorte und VerAntwortnung”, en *Kierkegaard und Wittgenstein. “Hineintäuschen in das Wahre”*. Berlín: Walter de Gruyter, 2003, pp. 15-77.
- NANCY, J.-L.: *Hegel. La inquietud de lo negativo*, Madrid: Arena Libros, 2005.
- PESSOA, F.: “Tábua bibliográfica”, en *Presença*, n. 17, 1928 [ed. facsímil, Lisboa: Contexto, 1993].
- POOLE, R.: *Kierkegaard. The Indirect Communication*, Charlottesville: University Press of Virginia, 1993.
- REID, J.: *Real Words. Language and System in Hegel*. Toronto: University of Toronto Press, 2007.
- RÜHLE, V.: “El prólogo de Hegel a la *Fenomenología del espíritu*”, en Félix Duque (ed.), *Hegel. La odisea del Espíritu*. Madrid: Círculo de Bellas Artes, 2010, pp. 15-34.
- SCHAEFFER, J.-M.: “Notes sur la préface philosophique”, en *Poétique*, n. 69, 1987, pp. 35-44.
- SCHLEGEL, F.: *Kritische Ausgabe seiner Werke*, vol. 5. Paderborn: Schöningh, 1962.
- TRIPET, A.: “Aux abords du prologue”, en *Versants*, n. 15, 1989, pp. 7-20.